

**Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente**

Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas.

Del 5 al 8 de abril de 2005 en Huerta Grande, Córdoba. Panel: La experiencia juvenil contemporánea.

De los jóvenes viejos a la juvenilización del mundo. Jóvenes, juvenilismo cultural y adultismo político

Por Sergio Balardini

Cuando se habla de “jóvenes” o de “adolescencia”, para no incurrir en una suerte de esencialismo inexistente: “los jóvenes tal cosa”, “los adolescentes tal otra”, uno debe hacer un análisis que sostenga un equilibrio entre estructura y sujeto. En otras palabras, no podemos pensar el sujeto sin estructura o aislado de la estructura, así como tampoco podemos pensar las estructuras genéricas sin considerar los sujetos. Y, además, hay que contrastar las tareas que las sociedades les demandan a los sujetos en tanto imaginados desde la perspectiva de distintos grupos de edad. ¿Por qué? Porque entonces vamos a conversar de jóvenes a partir del mundo de su vida cotidiana, los mundos de vida que atraviesan los jóvenes, sus prácticas y actividades. Eso significa considerarlos como un producto socio-histórico, relacional y dinámico. Otra cuestión que quiero señalar es que para poder hablar en serio de adolescencia o juventud, hay que hablar también de adultos. Si no, no se termina de comprender su posición, más aún en tiempos como el presente, con una fuerte dinámica de cambio que impacta en todos los sujetos y los roles que desempeñan.

En consecuencia, es importante pensar lo juvenil en términos de trayectos de vida. Y pensar en un adolescente o un joven como aquel que no es pura transición, sino que se halla en una etapa vital, que transita hacia otras etapas, pero que es una etapa en sí misma. Claramente una etapa que, además, se ha extendido, es decir, que debe ser pensada afirmativamente. Y debería serlo así, si uno piensa desde un enfoque de derechos. Y, en ese sentido, es interesante pensar en trayectorias de vida en donde la adolescencia y la juventud son un momento que, por otra parte, ya no tiene límites o fronteras tan claras, sino

más bien borrosas y porosas, es decir, permeables.

Por otra parte, los cambios en los modos de vida y en las prácticas de los jóvenes y de los adultos deben ser considerados y analizados de un modo relacional. Porque hay una re-configuración de las sociedades y de las prácticas sociales que implican cambios muy vertiginosos, que se han instalado muy rápidamente. Pero que, a su vez, han sido muy intensos, en cuanto a la magnitud de ese cambio. Por otra parte, son omnipresentes, es decir, cambios que se presentan en todos los ámbitos de la vida y no en forma aislada. Uno no podría decir que solamente advierte cambios en la familia, en el mercado de trabajo, o solamente por la implicación de nuevas tecnologías, o en ciertas cuestiones generales de la cultura. No, los cambios han sido (y van siendo) vertiginosos, omnipresentes, muy intensos y llegan para quedarse, en el sentido de que no hay marcha atrás. Pero, al mismo tiempo, son provisionales, porque están en una permanente dinámica de transformación y, por lo tanto, se puede intervenir sobre ellos para intentar producir alguna orientación. Esta también es una dimensión de la política. Y, en ese punto, hay que mencionar las transformaciones profundas en la vida familiar, en los medios de comunicación, la sociedad de consumo, el modo de consumir, el lugar del consumo, en una escena que para muchos significa el pasaje una sociedad de ciudadanos a otra de consumidores. Y la consecuencia es que las identidades se construyen mucho más vinculadas a los consumos que a lógicas referidas a proyectos de grandes ideas o a proyectos de sentido final de la sociedad y la historia, como sucedió en otra época.

Al mismo tiempo, se produce la pérdida de centralidad de la escuela como lugar de

producción de juventud, en el sentido de que antes se la ubicaba como el sitio excluyente que debía ser atravesado para que los jóvenes llegaran a adquirir una cierta conducta juvenil, y fueran definidos como adolescentes. Pero ahora esto no es necesariamente así, en la medida en que los medios y la calle, en paralelo a la institución escolar, se han constituido en dos ámbitos en que individuos de edades afines pueden encontrarse, intercambiar, producir prácticas y generar sensibilidades comunes.

Hoy la escuela es un lugar que recibe una heterogeneidad de estudiantes, de alumnos, que provienen de diferentes ámbitos, y uno puede advertir que hay espacios de producción de culturas juveniles vinculados a los medios, por un lado, y a una cultura de la calle, por otro, que ingresan también a la escuela y surge el ruido. Y esto se relaciona con el hecho de que antes hablábamos de “jóvenes estudiantes”, “jóvenes obreros”, “jóvenes esto”, “jóvenes aquello”, y ahora, en cambio, hablamos de juventudes y de culturas juveniles, que no podemos subsumir en una identidad al modo tradicional. Por ejemplo, los estudiantes no se identifican como estudiantes sino como jóvenes, que desempeñan, entre otros, el rol de estudiantes. Pero que son mucho más que estudiantes.

Una de las claves interpretativas de la nueva escena, se encuentra en las transformaciones de la vida familiar, en las nuevas configuraciones familiares. Y esta es una transformación política porque allí se produce un cambio en las relaciones de poder entre los géneros. Ha cambiado la concepción y la imagen de esa figura única de autoridad que no podía ser cuestionada, que decía qué se debía hacer y qué no, encarnada en aquella figura paterna autoritaria. Que, en todo caso, fue motivo de cuestionamiento y de rebeldías juveniles en los años sesenta. Pero que operaba como ordenador y disciplinador social, que producía no solamente cierta clase de familia, sino también cierta clase de mecanismos de autoridad, de toma de decisiones. Y el proceso de reconocimiento en la toma de decisiones y de cierta perspectiva en la construcción y legitimación de la autoridad está muy relacionado a cómo la autoridad se define al interior de la familia. Aquella familia que tenía a un padre, a un varón omnipotente, omnipotente, siempre decidiendo, siempre designando la verdad, se

encuentra en retirada. Lo que se presenta, cada vez con mayor frecuencia, al interior de estas nuevas y plurales constituciones familiares, son nuevas lógicas de construcción de la escena de autoridad y de ejercicio de la toma de decisiones, que poco y nada tienen que ver con el modelo clásico, patriarcal y autoritario anterior. Y esto es relevante porque aquel viejo modelo respondía funcionalmente a cierto tipo de dispositivos institucionales que presumía la encarnación de la figura de la autoridad, del saber y de la verdad, desde un cierto deslizamiento de aquella figura, sus lógicas y sus atributos. Pero cambia la configuración familiar, y el proceso de construcción de autoridad y de toma de decisiones es otro y hace falta argumentar o disputar y a veces la razón está del lado de uno, y a veces la razón (o el equilibrio de poder) está del lado del otro, y aparecen terceras figuras y se establecen consensos, a veces la decisión es de la madre, y a veces del padre, o de la pareja. Y muchas veces se cede a los hijos la toma de decisiones, que en algunos casos puede ser aceptable, pero en otros cuestionable, pero el hecho es que participan en ella. En consecuencia, las lógicas de la toma de decisiones, el dispositivo que se constituye para construir autoridad, es claramente diferente del modelo anterior. Por supuesto, ahí vemos desde las versiones más caóticas a las versiones más democráticas. De lo que se trata, precisamente, es de ver cómo puede una familia construir ahí un proceso de toma de decisiones democrático, con claros roles diferenciados. Diferenciados en la relación de padres-hijos y de adultos-niños o adolescentes. En definitiva, esas transformaciones al interior de la familia también se relacionan con los lugares que la mujer comienza, desde los años de posguerra a esta parte, a ocupar en el espacio público a partir de su inserción en el mercado de trabajo, con la valorización de otros sentidos posibles para sus vidas, ya no restringido a esa visión de la familia tradicional en la que el varón era el centro del juego familiar de las decisiones. Esta nueva familia genera por supuesto, mecanismos de reconocimiento, de códigos, de producción de autoridad y de toma de decisiones que es, en muchos casos, sino disruptivo, al menos diferente, pero muy diferente a aquello que disponen las instituciones tradicionales. He aquí, un tema relevante.

La otra cuestión importante a tratar, es el tema de los medios de comunicación. Porque los medios de comunicación han cambiado y se han constituido en una agencia de socialización privilegiada, con notas nuevas que deben ser consideradas. Así vemos cómo ha cambiado la recepción del consumo de los medios de comunicación, las formas de recepción, el visionado de televisión. La cantidad de horas que se ve, cómo se ve. Si se ve con, o si se ve solo. La cantidad de televisores que hay en un hogar, por ejemplo en ciudades como Córdoba es de más de dos y, en la mayoría de los casos, el segundo televisor está en la habitación de los hijos. Entonces, hay que reflexionar sobre cómo los chicos son atravesados por medios de comunicación con valores, en muchos casos, diferentes a los de sus padres, bombardeados por el marketing y la publicidad, en una articulación marketinera entre mercado y deseo de niños y adolescentes. Entonces, se da la aparente paradoja de reconocerlos como "sujetos de consumo" y, a la vez, como objetos de la mirada de los adultos, lo que incluye el diseño de campañas de mercado orientadas a esta franja de edades tempranas. Entonces, son objeto y sujeto al mismo tiempo. Y cuando digo sujeto, quiero decir que no son los padres, no son los adultos, los que toman las decisiones acerca del consumo preadolescente, adolescente y juvenil, sino que hay mercados específicamente diseñados para niños y adolescentes que han ido constituyendo consumidores niños y adolescentes. Y cada vez más, quiénes toman las decisiones en relación a su consumo son los propios niños y adolescentes. Por eso, como dice Dina, tenemos que trabajar sobre el concepto de sujetos de derecho, porque sujetos de mercado ya son, ya toman decisiones en relación al mercado, aunque en la misma movida, estén objetualizados desde el mercado. Acerca del impacto de los medios, y en relación a algunos géneros televisivos (pensando en los cartoons y los animé) quisiera señalar que aparecen en estos nuevos "dibujos" situaciones que remiten a nuevos valores sociales, algunas veces vinculadas a cierto relativismo cultural posmoderno donde, por ejemplo, los roles sexuales son intercambiados fácilmente y, con bastante frecuencia se presentan escenas en las que los adultos aparecen bastante desdibujados y en las que son

vistos muy críticamente. Escenas en las que son directamente las niñas y los niños o preadolescentes los verdaderos héroes de estas historias, y los adultos son relegados.

Animés, en donde los buenos no son tan buenos ni los malos tan malos. Historias en las que los malos son bastante simpáticos y hacen cosas buenas cada tanto, y en las que los buenos, no lo son siempre. Esto tiene poco que ver con aquellos viejos héroes de nuestras historietas. Diferentes modelos de héroes y formas de serlo, de ejercer el bien y de actuar no tan bien. Y eso es muy interesante, porque habla de las transformaciones en las sensibilidades, y de los valores que se van transmitiendo a través de los medios y como los valores son atravesados por los medios.

Por otra parte, tenemos la presencia invasiva de las nuevas tecnologías y el diferente posicionamiento de las generaciones en relación a ellas. Porque lo que para niños y adolescentes es naturaleza, para los adultos es trabajo, técnica, desaprender y reaprender. Los usos que los adultos hacemos de los medios tecnológicos digitales son esencialmente instrumentales. Mientras que los niños y adolescentes desarrollan su vida en los mundos virtuales tanto como en los mundos reales. Hacen en los mundos virtuales las mismas cosas que, en principio, hacen en su mundo real como si se tratase de una extensión de su mundo real presencial. Lo virtual, en este sentido, es tan "real" como lo real, sólo que uno es presencial (físico) y el otro es virtual (digital).

El otro punto de interés es el mundo de las imágenes y las pantallas. No voy a hablar acá ni de Sartori ni de Virilio, pero quiero decir que hay un atravesamiento de la palabra que es propio de las generaciones anteriores, frente a un mundo de imágenes propio de las nuevas generaciones. Y eso también introduce lógicas diferentes: junto con lo hiper-textual se presenta la cuestión de la secuencialidad no lineal y de las nuevas concepciones sobre el tiempo y el espacio.

Otra cuestión que manifiesta un corte generacional, es la de los usos del cuerpo. Las políticas del cuerpo de los adolescentes y los jóvenes son muy diferentes a las políticas del cuerpo de los adultos. Éstos, en general, hicieron y hacen uso de lo que podríamos llamar la estética de la máscara. La estética de máscaras significa, que vamos cambiando y rotando

distinta clase de vestimenta o de aretes o de collares o pulseras pero, a fin de cuentas, de un momento a otro, uno podría quitarse esa ropa, aros y demás, y cambiarse por una corbata, camisa y saco (si es varón), y cortarse el pelo y peinarse, y la máscara alternativa desaparece y podemos ver a un individuo formal, integrado en términos clásicos. Porque la máscara no deja marca. En cambio, el lugar de la marca, de la política de la marca en el cuerpo, que hoy se observa en adolescentes y jóvenes, tiene que ver con sus efectos fuertes, que no pueden quitarse con facilidad. Entonces aparece allí el tatuaje, la escarificación, el implante, el piercing y sus combinaciones tecnológicas, en donde, de alguna manera, los adolescentes establecen diferencia en relación a los adultos que se juvenilizan y colonizan los mundos juveniles a una velocidad impresionante.

Por lo tanto, las políticas del cuerpo, además de tomar de base el hecho fáctico de poseer posibilidades corporales que los adultos ya no tienen (aunque lo intenten con esfuerzo, mucho gym y cirugía), se relacionan con la posibilidad de construir una identidad juvenil. En otro tiempo, en nuestra sociedad, un individuo tatuado, convocaba al imaginario carcelario o patológico. Hoy, en cambio, es claramente un insumo con el cual los jóvenes están tratando de construir identidades juveniles y de establecer una diferencia en relación con los adultos.

Otra cuestión a considerar, es la relación de los jóvenes con el mundo de la política y con las concepciones desde las que participan cuando lo hacen, mucho más vinculadas a concepciones de ética que de moral. Por ejemplo, la participación estaría también vinculada a la posibilidad del pasarla bien juntos. Con todo respeto, el modelo de participación política de los adultos, implicaba un elemento moral y de sufrimiento cuando se la llevaba adelante. Estaba "bien" participar y era "buena" la persona que lo hacía. Los jóvenes, en cambio, hoy participan desde un lugar más vinculado a la ética y con elementos de divertimento y fiesta. No se trata de si alguien es bueno o malo, sino de si es un derecho y de si es justo.

Finalmente, es inevitable que asistamos a un desajuste "adulto" a partir de la magnitud de los cambios que sucedieron, que nos sucedieron, que les sucedió a los adultos. Desajustes ante los cambios del mundo que tornan obsoletos muchos

saberes y distinciones y también a muchas respuestas sobre cómo conducirse ante el mundo. Resultado que empuja a los adolescentes ya no solamente a construir sus respuestas, sino también sus propias preguntas. Por lo tanto, uno encuentra adolescentes para los cuales cada vez es más importante su grupo de pares pero, al mismo tiempo, requiere la presencia de adultos, aunque no de cualquier adulto, sino de cierta clase de adulto. Para ir cerrando: en el marco de la concepción de sujeto de derecho, de los cambios acaecidos y de la juvenilización de los adultos, estamos hoy en una especie de juvenósfera. Una juvenósfera cultural junto a un adultismo político. Y habría que establecer un mejor equilibrio entre estos dos términos. La juvenósfera cultural hace que muchos adultos sean más juveniles que adultos. El adultismo político lleva a que los adultos no conciben como sujetos a los niños, a los adolescentes y a los jóvenes. Y el gran desafío para los adultos, tanto en el rol de padres o madres en la familia, como de docentes en las escuelas, funcionarios, empresarios o adultos en general, es el de poder producir una ecuación en donde se suponga al otro - en este caso al niño, adolescente o joven- como sujeto de derecho, y eso quiere decir, escucharlo, atenderlo de verdad, con atención, auténticamente, no en forma de simulacro, y al mismo tiempo, no abandonar el rol, el difícil, trabajoso, pero indispensable rol de adultos. Es allí donde aparece, muchas veces, una especie de confusión alrededor de si se ejerce el rol, se es autoritario, y no considera al otro como sujeto. O, en el caso contrario, para considerar al otro, hay que convertirse en par, en amigo. Y, entonces se diluye el eje de los roles. Pero el objetivo, en todo caso, es producir un lugar donde uno reconoce al otro como sujeto al mismo tiempo que desempeña su rol diferenciado. Hay un lugar horizontal, pero hay un lugar jerárquico, y los dos se encuentran. No es lo mismo ser adulto que adolescente. No es el rol de un docente ser amigo de sus alumnos, ni el del padre serlo con sus hijos. Llevarse bien, ser afectuoso, vincularse sin maltratos, no supone horizontalidad en el rol. Por el contrario, si no hay diferencia en el rol, se le hace un daño importante a los adolescentes. Es tan dañino no reconocerlos como sujetos, no tenerlos en cuenta, y ser autoritarios con ellos (y, en ese caso, construimos, además, una sociedad autoritaria), como ser meros

amigos, ser cuasi pares, hecho que los adolescentes y niños claramente no reclaman ya que tampoco les resulta útil y les genera mucha inseguridad y angustia.

En todo caso, hacen falta adultos que ejerzan su rol y escuchen a los jóvenes, cuestión que sí es reclamada por los jóvenes insistentemente.